

La producción del espacio público

Fundamentos teóricos y metodológicos para una etnografía de lo urbano

Isaac MARRERO GUILLAMÓN

Universitat de Barcelona
imarregu7@docd1.ub.edu

La investigación de las formas de orden (o mejor aún, ordenación) social en el espacio público urbano implica una doble tarea: definir estos conceptos de un modo operativo y consolidar un compromiso con la investigación empírica. La distinción entre la ciudad, lo urbano y el espacio público, por un lado, y las discusiones metodológicas relacionadas con la investigación de situaciones de interacción social, por otro, son los dos debates fundamentales que se abordan en este artículo.

[ORDEN PÚBLICO, METODOLOGÍA,
INTERACCIÓN, COPRODUCCIÓN]

El texto que sigue es una versión adaptada de la primera parte de “El espacio público desde los márgenes: una etnografía del centro comercial L’Illa Diagonal”, investigación que llevé a cabo en el curso 2003-2004 en el marco del segundo año del doctorado en Antropología Social y Cultural de la Universitat de Barcelona. Aunque el trabajo de campo fue individual, Manuel Delgado, Anna Juan, Juan García, Diego Polo y yo mismo constituimos un grupo de trabajo para discutir cuestiones teórico-metodológicas. Este texto recoge buena parte de aquellos debates.

La primera parte, ‘herramientas teóricas’, es un intento de conceptualizar teóricamente el campo de estudios de lo urbano en un sentido muy restringido, relativo a la producción colectiva del orden social. La segunda parte, ‘estrategias metodológicas’, presenta un conjunto de disposiciones para el trabajo de campo ajustadas a la naturaleza ines-

table del objeto de estudio. Lamentablemente, esta presentación secuencial traiciona la simultaneidad con la que desarrollamos ambas tareas. La retroalimentación entre la conceptualización del objeto y su estudio empírico fue de hecho una parte fundamental de la dinámica de la investigación –cuyo provecho no puedo dejar de subrayar.

HERRAMIENTAS TEÓRICAS

El tipo de investigación empírica presentada más abajo se ajusta a las propiedades de nuestro objeto de estudio: la vida urbana, o más concretamente, las formas de vida social observables en el espacio público urbano y las operaciones que le dan forma. Los autores que ahora revisamos anunciaron ya o llevaron a cabo la conexión entre el tipo de dinámicas sociales propias del espacio público, efímeras, líquidas, siempre en proceso inacabado de estructuración, y el método para hacerlas aprehensibles: estudiarlas in situ, atendiendo a sus erupciones desde dentro: paseando, mirando, interactuando, oliendo, tanteando texturas.

Tres conceptos relacionados entre sí son el eje de la cuestión: lo urbano, la ciudad, y el espacio público. Entender las relaciones entre ellos y llegar a definiciones de trabajo de cada uno es el objetivo de este breve ensayo teórico. Además, he considerado oportuno incluir una nota ¹ en clave histórica sobre

¹Nuestros referentes teóricos constituyen una tupida red de relaciones que empieza a tejerse entre finales del siglo XIX y principios del XX en Alemania. Allí autores como Max Weber y Georg Simmel estudiaron algunas consecuencias en la vida en las ciudades del intensísimo proceso de urbanización que se vivía como consecuencia de la Revolución Industrial. La gran importancia histórica de Simmel sobre otras figuras para nuestra historia tiene mucho que ver con su enfoque, pioneramente microsociológico, y con la importante difusión de su obra en Estados Unidos. Robert Ezra Park, figura clave de la primera etapa de la Escuela de Chicago junto a William Isaac Thomas, había sido estudiante suyo y se encargó de darle a conocer desde la privilegiada posición del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, vanguardia de la

algunas importantes conexiones entre los autores y las escuelas que nos sirven de referencia teórica. Esto me libera además de la tentación y limitaciones de un relato cronológico y me permite la licencia de empezar por el final.

La ciudad y lo urbano

Una primera distinción, aquella que establecemos entre la ciudad y lo urbano, nos servirá para aclarar prematuramente algunas cuestiones. Esta distinción fue introducida a finales de los sesenta por Henri Lefebvre (1969, 1976) para explicar “la disolución de la ciudad a manos de la urbanización”. Su idea es que las consecuencias de la industrialización son más importantes que el propio proceso; en especial la urbanización de la ciudad tradicional, que acaba con ella e instaura lo urbano. La distinción se articula en los siguientes términos:

“la ciudad es un *objeto espacial* que ocupa un lugar y una situación..., es una obra, [su] espacio no está únicamente organizado e instituido, sino que también está modelado, configurado por tal o cual grupo de acuerdo con sus exigencias..., su ideología...; lo urbano... no se trata de una esencia..., no se trata de una sustancia..., es más bien una forma, la del encuentro y de la reunión de todos los elementos que constituyen la *vida social*...”

(1976: 65-68, cursivas mías)

Lefebvre sienta claramente las bases de nuestro argumento: la ciudad es un objeto, lo urbano es vida. Nuestro uso de la distinción está sin embargo al margen en gran medida del aparato teórico del que surge y podría ser sintetizada de la siguiente forma: si la “ciudad es una *composición espacial* definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí”, lo urbano es en



cambio “un *estilo de vida* marcado por la proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias” (Delgado, 1999: 23, las cursivas son mías).

La diferencia, evidente desde este punto de vista, no oculta sin embargo la intensidad y complejidad de la relación entre ambos conceptos. Trabajaremos ahora esta distinción, para lo que retrocederemos a las aportaciones de algunos autores de la Escuela de Chicago, fruto, no debe olvidarse, de un prolongado periodo de múltiples estudios empíricos.

Una revisión de las primeras definiciones sociológicas de la ciudad en el siglo XX nos da una idea de hasta qué punto esta separación de lo urbano y la ciudad no era algo aún articulado. En una definición temprana como la de Robert Ezra Park, una de las grandes figuras de la Escuela de Chicago y unos de los “padres” de la sociología y la antropología urbana, vemos la tendencia general del momento, el énfasis en la dimensión social de la ciudad.

“La ciudad... es algo más que una congregación de hombres y comodidades sociales –calles, edificios, luz eléctrica, tranvías, teléfonos, etc.-; algo más, también, que una mera constelación de instituciones y artefactos administrativos –juzgados, hospitales, escuelas, policía, funcionarios civiles. La ciudad es, más bien, un estado mental, un cuerpo de costumbres y tradiciones y de actitudes organizadas y sentimientos inherentes a esas costumbres y transmitidas

sobre el terreno, a practicar una investigación peripatética, a pasear, mirar, husmear, preguntar, etc. Una investigación que compartía con el periodismo parte del espíritu de perseguir a los hechos (Riis era de hecho periodista, como lo fue Park antes de instalarse en la academia y como lo era también Jane Jacobs). Esta aproximación, que luego derivaría sin embargo en estudios de comunidades “minoritarias” (la obra de Oscar Lewis, por ejemplo *Five Families*, marca quizá este límite), nos ha servido indudablemente como inspiración.

Este breve mapa textual de autores tiene como objetivo simplemente dibujar algunas conexiones que pueden ayudar a entender la génesis de nuestra posición teórica. Está construida a partir de los textos de Ritzer (1993), Díaz (2000), Goffman (1991), Bateson et. al. (1990) y Hannerz (1993).

por esa tradición. La ciudad no es, en otras palabras, solamente un mecanismo físico y una construcción artificial. Está involucrada en los procesos vitales de la gente que la compone; es un producto de la naturaleza, y particularmente de la naturaleza humana.” (Park, 1984 [1925]: 1)

Como vemos claramente, el concepto de ciudad agrupa un conjunto muy amplio de propiedades. La misma tendencia se observa en esta definición, muy cercana en el tiempo, de Lewis Mumford, importante intelectual público norteamericano procedente de una tradición completamente distinta, la de la planificación “regional”:

“La ciudad en su sentido completo es, entonces, un plexo geográfico, una organización económica, un proceso institucional, un *teatro para la acción social* y un símbolo estético de unidad colectiva. La ciudad promueve el arte y es arte; la ciudad crea el teatro y es el teatro... Sin este drama social que surge a través de la concentración e intensificación de la actividad de grupo no hay ninguna función desarrollada en la ciudad que no pueda estar presente... en el campo... Se puede llegar a una conclusión más a partir de esta definición de la ciudad: los hechos sociales son primarios, y la organización física de la ciudad, sus industrias y sus mercados, sus líneas de comunicación y tráfico tienen que estar supeditados a las necesidades sociales.”

(Mumford, 1996 [1937]: 185, cursivas mías)

Sólo en otra definición clásica, la de Louis Wirth, parte de la segunda generación de la Escuela de Chicago, se introduce una distinción entre la ciudad (el asentamiento) y el urbanismo (el modo de vida). El propio título del artículo, “El urbanismo como forma de vida”, anticipa de algún modo nuestra distinción, al separar el componente físico de la ciudad de lo que él llama urbanismo, esto es, el tipo de sociedad que en ella se da. Esta definición es sin duda alguna

la más extendida de las tres y aún hoy texto básico de cualquier curso de antropología/sociología urbana ²:

“...una ciudad es un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos. El gran número implica la variabilidad individual, la relativa ausencia de conocimiento personal, y la segmentación de las relaciones humanas, que son en gran medida anónimas, superficiales y transitorias. La densidad implica diversificación y especialización, la coincidencia de cercanía física y distancia social, enormes contrastes, un complejo patrón de segregación, el predominio del control social formal y una fricción acentuada. La heterogeneidad tiende a romper las estructuras sociales rígidas e incrementar la movilidad, la inestabilidad y la inseguridad, así como la afiliación de los individuos con una variedad de grupos sociales... Los nexos pecuniarios tienden a desplazar a las relaciones personales... De este modo, el individuo sólo llega a ser actuando a través de grupos organizados.” (Wirth, 1938: 1)

Por tanto, las dos dimensiones que ahora separamos, espacio físico/tipo de asentamiento y espacio social/modo de vida, estaban ya presentes en estas tres definiciones “fundacionales”, que precisamente hacían énfasis en la cuestión social. Es esta dimensión social la que realmente nos interesa a nosotros

² Ulf Hannerz (1993) considera que esta definición de “tipo ideal” se convierte en un problema práctico al tratar de aplicarla a casos reales. Del mismo modo, hace eco de las críticas a la generalización del carácter de la vida urbana y del urbanita, como la de Oscar Lewis, quien afirmaba que “cualquier generalización sobre la naturaleza de la vida social en la ciudad debe basarse en cuidadosos estudios de estos pequeños universos más que en enunciados a priori sobre la ciudad en su conjunto.” (1965: 497). La observación de Lewis tiene importancia porque plantea la continuidad de formas de vida rurales en la ciudad y la relevancia de los grupos primarios en muchos contextos urbanos. Nuestra definición de lo urbano en sentido restringido trata de solventar esta cuestión, al separarlo de la ciudad y limitarlo a una forma de organización social muy específica, cuya existencia y localización es cuestión empírica.

también. Sólo que no se la atribuimos a la ciudad, sino a lo urbano. Y en un sentido restringido, como veremos enseguida.

Lo que estos autores llamaban la ciudad tenía unas características sobre las que ya había reflexionado Max Weber y, especialmente, George Simmel. La relevancia de este último para el estudio de lo urbano reside principalmente en su aproximación, centrada en el orden de la interacción. Si bien su interés y preocupación por los efectos de la urbanización no era algo nuevo ni específicamente suyo, su perspectiva sí lo era.

Simmel insistía en el “acrecentamiento de la vida nerviosa” en las nuevas urbes de principios del XX. Con esto se refería a una aceleración del intercambio de impresiones, unida a la necesidad de gestionarlas desde la superficialidad, ya que estamos condenados a no llegar a conocer a la mayoría de nuestros vecinos. Elemento fundamental de la vida urbana, este aprender a no prestar demasiada atención a los demás derivado del inevitable anonimato es también fundamento mismo de la libertad urbana, el cosmopolitismo. En la ciudad, con el dinero como medio de intercambio, la aceleración de las impresiones y la división del trabajo, las relaciones sociales implican externalidad, pragmatismo y especialización, características que también le son propias a sus habitantes (2001: 375-398). Simmel inaugura de este modo la atención por lo fugaz, por lo inestable, por la velocidad, por lo efímero y lo superficial como elementos específicos de la sociedad urbana. Pero Simmel hizo aún algo más: desplazar la atención de los procesos macroestructurales al ámbito de las relaciones sociales de un nuevo tipo social, el urbanita.

Todo esto está muy presente en la Escuela de Chicago. El conocido texto de Park, “La ciudad: sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el medio urbano” (1984) da buena cuenta de ello. Su agenda de investigación, que abarca desde la planificación del espacio hasta el “temperamento” urbano, sigue siendo una de las mejores



introducciones a la materia. En este texto, Park introduce la noción de “equilibrio inestable” para referirse al estado natural de la ciudad; un equilibrio que sólo puede mantenerse mediante un proceso de reajuste continuo. Un estado de “agitación perpetua” y “crisis crónica”. Park recoge de Simmel el interés por la inestabilidad y la eleva a esencia de lo urbano. Del mismo modo, Park sistematiza la cuestión de la superficialidad del vínculo urbano, ahora forma suprema de lazo social. La relaciona con la pérdida de los lazos propios de los grupos primarios en el entorno urbano, en el que vivimos entre desconocidos y dependemos de señales externas, y con el aumento desmesurado de la movilidad, que aumenta las oportunidades de contacto y asociación, pero las hace más transitorias y menos estables. Así, en el mundo urbano “el estatus del individuo está determinado en gran medida por signos convencionales –por la moda y la “fachada”- y el arte de la vida se reduce básicamente a patinar sobre finas superficies y a un escrupuloso estudio del estilo y las formas [*manners*]” (Park, 1984: 40). La idea se repite en otra cita clásica:

“...cada uno de nosotros desempeña un rol... Es en estos roles donde nos conocemos mutuamente; es en estos roles donde nos conocemos a nosotros mismos... Esta máscara es nuestro “sí mismo” más verdadero... Venimos al mundo como individuos, logramos un carácter y llegamos a ser personas.” (Park, 1950, citado en Goffman, 1997: 31)

Wirth desarrolla más en profundidad esta cuestión. El tamaño del asentamiento y su densidad tienen una consecuencia fundamental: la imposibilidad de conocer a los otros habitantes personalmente y, por tanto, una nueva regulación de las relaciones basada en la reserva y la indiferencia. Hay que considerar además la alta especialización de funciones y la disolución de la mayoría de los lazos primarios, hechos que unidos a lo anterior hacen que las relaciones entre urbanitas sean finalmente definidas como

impersonales, superficiales, transitorias, segmentadas y anónimas. Pero Wirth no era un nostálgico de la sociedad rural, y veía en este tipo de relaciones igualmente la semilla de la liberación y de la soledad. La influencia de Simmel es evidente, y se deja sentir igualmente en la idea de la profunda dependencia de los signos visuales para orientarse en el medio urbano, ya que lo único que tenemos es información superficial.

Nos interesa para cerrar esta breve reivindicación de la Escuela de Chicago algo que Ulf Hannerz subraya en la fundamentación de su “perspectiva relacional” (1993): la base interaccional del pensamiento de estos autores. Sus estudios de la “variedad de formas de vivir” en la ciudad o de las “regiones morales”, o incluso de los personajes marginales, como el *hobo*, las bandas o las *taxi-dancers*, siempre estuvo impregnado de este interés por la relación, por el vínculo más que por el propio individuo. Esta atención que la Escuela de Chicago consagró a lo inestable y lo periférico, a las relaciones y los procesos, fue recogida y desarrollada posteriormente por la Escuela de Manchester en sus múltiples trabajos sobre el África Central. No nos detendremos en ella, pero conviene recordar el profundo vínculo que la une a los autores ya citados. Entre muchas otras, las obras de Max Gluckman, Clyde Mitchell, o A. L. Epstein se encargaron de mantener el espíritu colectivo y el interés situacional de sus predecesores chicaguenses (Hannerz, 1993).

Volviendo a nuestra cuestión principal, nos interesa poco la ciudad, que remite a un espacio construido, a un tipo de morfología específica y a un tipo de asentamiento particular. Pero sí nos interesa la relación que hay entre ésta y lo urbano, esa relación que era directa en las definiciones que acabamos de leer y que ahora queremos problematizar. Lo urbano remite, digámoslo de nuevo, a lo inestable, al tránsito, al “trabajo de la sociedad sobre sí misma” (Joseph, 2002). Lo urbano está estructurándose, se produce sobre la marcha y nunca se llega a terminar.

Lo urbano es continuamente, permanentemente. En las definiciones de Park y Mumford, atisbos de lo urbano se encuentran por encima de la ciudad, y en Wirth como consecuencia de ella (aunque reconoce que podría no manifestarse siempre, o manifestarse más allá del límite de la ciudad). Aquí calificaremos a esa relación como de conveniencia. Podría haber ciudades no urbanas (del mismo modo que hay pueblos muy grandes) y propiedades urbanas más allá de las ciudades, pero lo cierto es que ciertas características (demográficas, morfológicas) de la ciudad facilitan el surgimiento de lo urbano. Las ciudades, o mejor, partes de ellas, son un buen marco para lo urbano. Lo urbano no se da tanto en el bloque de viviendas de vecinos de “toda la vida”, ni en los enclaves étnicos o guetos, ni en los barrios residenciales cercados, lugares todos ellos donde la vida social ya se ha coagulado (como bien demostró Oscar Lewis). Lo urbano encuentra su sitio en calles, plazas, museos, estaciones, transportes públicos, centros comerciales, estadios, manifestaciones... allí donde todo está aún por ver. Es en este tipo de lugares donde encontramos los requisitos que hacen posible la urbanidad: movilidad, copresencia y visibilidad mutua, desconocimiento personal, etc.

Hecho fundamental: lo urbano no es la única forma de vida social en la ciudad. En ella hay también asociaciones, comunidades, grupos, pertenencias, identidades. Son estas las formas sociales que la academia ha considerado más importantes y dignas de estudio. Y puede que tengan razón. Pero nosotros hemos decidido actuar como espigadores y entregarnos a la recogida de los desechos, los restos, los desperdicios de lo social. Elogio, tributo a los personajes sin nombre, a los transeúntes, a los desconocidos, a los actores secundarios de lo urbano, a la sociedad anónima.

El concepto de espacio público

Con la definición de espacio público haremos corto

un largo recorrido: de las filosofías del espacio público al espacio público como práctica social. El espacio público (urbano) es, desde nuestro punto de vista, la máxima expresión de la urbanidad, entendiendo ésta simplemente como “materialización” de lo urbano. En efecto, en el espacio público se concentran y organizan las cualidades antes descritas en un tremendo logro colectivo, en una gran coproducción. Sin perjuicio del desarrollo de la argumentación, considérese ya que entendemos, como Lefebvre, el espacio como una producción social, llevada a cabo en este caso entre desconocidos y basada en interacciones efímeras.

Isaac Joseph elaboró a lo largo de sus trabajos una importantísima aportación para nuestra perspectiva. En su *El espacio público como lugar de la acción* (1999b) explica la génesis de su posición, que consideramos fundamental tratar al menos de pasada. Joseph explicita su deuda con Kant y la concepción ilustrada de espacio público como espacio de accesibilidad universal y recoge de Hannah Arendt y Jürgen Habermas dos elementos importantes: el espacio público como lugar de la acción y como lugar de la comunicación:

“Hannah Arendt definía el espacio público como lugar de la acción –por oposición al trabajo y a la obra– y de los modos de subjetivación no identitarios –por oposición a los procesos de identificación comunitarios y a los territorios de familiaridad... El espacio público es la escena primitiva del político en cuanto que éste se distingue de las formas fusionales y fraternales del vínculo social y se estructura alrededor de una definición común del interés general y del bien público... Jürgen Habermas hace del espacio público el dominio, históricamente constituido, de la controversia democrática y la dinámica de una ética procedimental del “actuar comunicacional” cuyo objeto es, a partir de la célebre definición kantiana de la Ilustración, la elaboración de un acuerdo fundado sobre un “uso libre y público de la razón””.



(1999b:11)

A estas influencias le añade la de la escuela pragmática americana (de la que asume al menos tres postulados fundamentales: énfasis en la práctica, la idea de que no hay realidad oculta tras las apariencias y la contextualización frente a la abstracción) y, claro, las aportaciones de Gabriel Tarde, Simmel y Goffman, unidos por el interés en la “dimensión antropológicamente inestable de lo social, la permanencia de lo precario.” (Joseph: 2002: 66).

Sentadas ya las bases de su concepción, Joseph no parece sin embargo tener demasiado interés en dar un único desarrollo de la idea de espacio público. A lo largo de los textos referidos a esta cuestión que hemos revisado (1989, 1999b, 2002) encontramos muchas definiciones, siempre en la misma línea pero nunca definitivas. Habla del espacio público como un espacio de “copresencia y la visibilidad mutua”, como una “realidad porosa” y “conceptualmente inestable” con dos reglas fundamentales, la del “uso público” y la “libre circulación”. El espacio público es, además, un espacio de comunicación basado en formas de adaptación y cooperación. La siguiente reflexión, algo más extensa, sienta dos “acuerdos” fundamentales en su argumento:

“...el primero consiste en decir que un espacio público es un *orden de visibilidades* destinado a acoger una pluralidad de usos o una pluralidad de perspectivas y que implica, por ello mismo, una profundidad; el segundo enuncia que un espacio público es un *orden de interacciones* y de encuentros y presupone por tanto una reciprocidad de las perspectivas. Esos dos acuerdos hacen del espacio público un *espacio sensible*, en el cual evolucionan cuerpos, perceptibles y observables, y un *espacio de competencias*, es decir, de saberes prácticos detentados no sólo por quienes operan y por quienes conceptúan (arquitectos o urbanistas), sino también por los usuarios ordinarios. En suma, habría que comprender el espacio público como es-

pacio de saberes y definirlo, como lo hubiera querido Michel Foucault, como espacio de visibilidades y enunciados.”

(2002: 28, las cursivas son mías)

La importancia de la reciprocidad aquí enunciada es vital, ya que permite entender el espacio público como sostenido por una “responsabilidad limitada y compartida”; “producción y gestión van obligatoriamente juntos” en él. Espacio de circulación y comunicación, el espacio público tiene como requisito primero y último la accesibilidad universal en ambos órdenes, una accesibilidad irreductible. Sometida a discriminaciones y apropiaciones, ciertamente, pero nunca definitivas. Pero esta accesibilidad debería entenderse no tanto como una cuestión jurídica como como una coproducción, pues se basa en la “legibilidad de su modo de empleo” y en la “competencia comunicativa de los agentes que deben justificarlo” (Joseph: 1999b). Es decir, depende de que los usuarios hagan el espacio visiblemente accesible para los demás a partir de sus prácticas, espaciales y comunicativas. He ahí el espacio público como acción compartida, y he ahí la dependencia absoluta de la visibilidad para que todo funcione. ¿Y qué es lo que vemos? Epidermis, pieles, superficies. Entre desconocidos que coexisten y que tienen que llegar a, o mejor, construir un acuerdo de uso, “lo más profundo es la piel”, como ya dijo Paul Valéry. Y yo añadiría, es lo único. No hay nada más, no tenemos nada más para construir esa forma de sociedad. ¿Superficialidad?, desde luego. En toda su profundidad. Ya lo dijo Simmel: “dejemos de lamentarnos de la superficialidad de las relaciones sociales”, a lo que Joseph añade “su gravedad debe leerse precisamente en la superficie, en la menor de las interacciones” (2002: 30).

Efectivamente, ya Park insistía en que para describir el mundo urbano era necesario aprender a evaluar las relaciones sociales atendiendo a las distancias. El decoro, el saber-estar pasa a ser una cuestión central, pues es el principio más profundo de

regulación de la sociabilidad en entornos urbanos. Entornos en los que, como ya dijo Wirth, la distancia social no puede expresarse con distancia física. No se trata pues de un espacio de intersubjetividad, pues la reciprocidad que lo gobierna es profundamente pragmática; se basa en las experiencias, no en las conciencias, y en las apariencias, no en las profundidades del ser.

Lyn H. Lofland es otra autora fundamental, pionera en el estudio del espacio público (o “esfera pública”, como ella prefiere). Sus trabajos, leídos atentamente por Joseph, ofrecen una conceptualización convergente, aunque mucho más sintética. En su libro *The Public Realm* (1998), establece 5 principios que regulan la interacción en espacios públicos, y lo hace como resultado de su experiencia de campo y la exhaustiva revisión de otras investigaciones empíricas:

(1) Movilidad cooperativa. Se refiere al carácter coreográfico de la conducta de los peatones, al trabajo conjunto entre extraños para organizar los trayectos en el espacio y evitar choques. Cooperación prácticamente automática, requiere sin embargo un profundo acuerdo, basado en pequeñas señales de intención que permiten el entendimiento.

(2) Inatención cívica. En relación muy directa con el principio anterior, toma este concepto de Goffman, quien lo definió así:

“...consiste en mostrarle al otro que se lo ha visto y que se está atento a su presencia (él mismo debe hacer lo propio) y, un instante más tarde, distraer la atención para hacerle comprender que no es objeto de una curiosidad o de una atención particular. Al hacer este gesto de cortesía visual, la mirada del primero puede cruzarse con la del otro sin por ello autorizarse un “reconocimiento”. Cuando el intercambio se desarrolla en la calle, entre dos transeúntes, la inatención de urbanidad toma a veces la siguiente forma: miramos al otro a dos metros aproximadamente; durante ese tiempo, se reparten por gestos

los dos costados de la calle, luego se bajan los ojos en el momento en que el otro pasa, como si se tratara de un cambio de semáforos. Ese es, probablemente, el menor de los rituales interpersonales, pero el que regula constantemente nuestros intercambios en sociedad.”

(Goffman, 1963: 83-84)

La importancia de este concepto es elevadísima, ya que se opone frontalmente a las nociones del espacio público como espacio de suspensión de las relaciones: podría parecer que la gente se ignora, pero se trata de una ignorancia que mejor podríamos calificar de indiferencia ritual, que no tiene como resultado una disolución, sino todo contrario, un pacto de buena educación. Ya lo dijo Goffman, inatención no es lo mismo que desatención. O en palabras de Joseph (1999a: 79), “en la cortesía visual de la inatención de urbanidad, es preciso subrayar la urbanidad más que la inatención.”

(3) Prominencia del rol del público. Se refiere al hecho de que los habitantes de la esfera pública actúan como público de las actividades que les rodean. Cuánto y qué es posible ver dependerá del escenario concreto, pero desde el simple flujo hasta el accidente, la vida urbana tiene su propio público.

(4) Amabilidad contenida. Según Lofland, “las solicitudes de ayuda específicamente dirigidas a alguien y claramente limitadas, así como una respuesta en clave de amabilidad contenida son una característica constante en la esfera pública” (1998: 32). Con esto se refiere básicamente a las pequeñas interacciones que surgen a partir de preguntar a alguien la hora o una indicación sobre una dirección, por ejemplo.

(5) Civilidad con la diversidad. Este último principio establece que aún con todas las excepciones y variaciones que se dan, el urbanita mostrará, en general, tolerancia hacia la gran diversidad de “fachadas” con la que se cruza o comparte un espacio. Este actuar “decentemente” tendría que ver con la “libertad” atribuida a los entornos urbanos, donde



el juicio y la censura a las apariencias es mucho más débil. Probablemente, este civismo tenga más que ver con la indiferencia hacia la diversidad que con su apreciación, algo que no sólo no atenúa la importancia de este principio, sino que lo sitúa en consonancia con los anteriores.

Grégoire Chelkoff y Jean-Paul Thibaud (1992) mencionan explícitamente las aportaciones de Joseph y Lofland en su propuesta de definición de espacio público, que les sirve como introducción al estudio de las propiedades sensibles del mismo. Hablan de un “espacio de sociabilidad problemática donde coexiste un mundo de desconocidos” (1992: 8). Y continúan,

“El carácter problemático del espacio público deriva del hecho de que no está predefinido de una vez por todas, sino que, al contrario, es el resultado de una construcción social; está permanentemente en proceso de producción. Las tentativas de definición de las relaciones en público en términos de civilidad, de conveniencia o de tacto insisten todas, de una forma u otra, en su carácter inestable, precario, incluso paradójico... Lugar de reglajes y ajustes incesantes de la distancia y la proximidad, de la presencia y de ausencia, de la interacción social concertada, el espacio público cuestiona los procesos mismos de producción de la vida social.” (1992: 8)

Desde una posición muy cercana, Louis Quéré y Dietrich Brezger, partiendo de una perspectiva pragmática y fenomenológica de claro corte etnometodológico, lanzan una última propuesta, que citaremos a continuación:

“Por consiguiente, tratar el carácter público de un espacio urbano como un “logro” implica atraparlo en una triple dependencia en relación a las prácticas: emerge en función de los usos socialmente organizados de los espacios urbanos...; procede de las operaciones y microprácticas que se apoyan en

la “competencia” de los usuarios; y finalmente, integra la implicación de estos con determinados usos y prácticas... El carácter público así aprehendido no es pues una propiedad abstracta, sino una propiedad concreta, sensible.” (1992: 90)

Esta definición nos sirve para recalcar y reivindicar el carácter antiesencialista de nuestros supuestos teóricos de partida. Contra toda tendencia a la abstracción, el espacio público se define y se hace depender de esta “infraestructura práctica”, de ese conjunto de competencias cívicas, de operaciones comunicativas, de saberes prácticos, de prácticas autoordenadas. Visibilidad anónima de personas y comportamientos, organización de la copresencia, “inteligencia escénica”, coordinación de actividades conjunta, construcción de relaciones ordenadas... todo esto es el espacio público. Orden inevitablemente frágil, pues, pero mitigado, siempre provisionalmente, por un gran pacto de confianza. Una de las grandes aportaciones de Goffman (1979, 1997) es precisamente la de destacar la dimensión moral que inunda el espacio público: la confianza mutua –en que los otros son lo que parecen ser.

En otras palabras, podríamos hablar del paso de una definición del espacio público como lengua a una que lo entiende como habla. El paralelismo con la lingüística es tan importante que conviene hacer un breve paréntesis como colofón y reconstruir la “revolución” en la lingüística comenzada con Wittgenstein, quien dijo, recordemos, que “una palabra no tiene significación, sólo tiene usos”. Como explica Joseph en su libro dedicado a Goffman (1999a), el proyecto de una sociolingüística como teoría descriptiva integrada, sociológica y lingüística a la vez, fue enunciado por Dell Hymes y John Gumperz en 1964. En las propias palabras del primero,

“La lingüística no será suficiente mientras no tome en cuenta las maneras de hablar en su relación con las situaciones y con las significaciones sociales,

mientras no admita que el punto de partida de la descripción no es un enunciado o un texto sino un acontecimiento de habla, no una lengua sino un repertorio de las maneras de decir, no una comunidad de habla definida en correspondencia con una lengua sino una comunidad de habla definida por la relación conflictiva entre reglas de gramática y reglas de uso.”

(Hymes, 1974: 8-9, citado en Joseph, 1999a)

Por lo tanto, la nueva lingüística, o la etnografía de la comunicación, debía estudiar situaciones de habla, poner en el centro del estudio los usos de la lengua. Se trataba en otras palabras de “anclar el lenguaje en los acontecimientos y las situaciones que constituyen su materialidad” (Hymes, 1974: 97, citado en Joseph, 1999a).

Hubo dos grandes corrientes de investigación comprometidas con esta perspectiva: la etnometodología (Garfinkel, Cicourel, Pollner) y el análisis de la conversación (Sacks, Jefferson, Schegloff). En común tienen justamente el planteamiento de la necesidad de considerar los entornos inmediatos de la interacción social, de que “los fenómenos sociales son constitutivamente inseparables de los entornos de interacción en que se producen” (Díaz, 2000: 10). Partiendo de este tronco común, la etnometodología se interesa por “los modos en que se organiza el conocimiento que los individuos tienen de los cursos de acción normales, de sus asuntos habituales, de los escenarios acostumbrados” (Wolf, 2000: 110), mientras que el análisis de la conversación trata de “explicitar el “trabajo” llevado a cabo por los locutores al sostener una interacción verbal, al organizar su modo de proceder, al establecer algunos nudos cruciales que la estructuran” (2000: 186). Nuestro trabajo está más cerca de la posición teórica del análisis de la conversación, al interesarse menos por los sujetos y más por la relación entre estos como un “logro” colectivo, sensible a los actores y al contexto, resultado siempre provisional de un constante tira y afloja entre las actuaciones

de cada uno de los miembros.

En pocas palabras, el paso del estudio de la estructura de la lengua a su práctica supone un referente tan fundamental como ineludible: la prevalencia del contexto, los usos y la práctica sobre la estabilidad de las “regulaciones”. Este “retorno del acontecimiento” nos sirve, sin duda, como referente teórico, pero también como guía metodológica. No nos interesa la definición legal de espacio público, o su regulación jurídica, sino su constitución a partir de las prácticas de los usuarios. Todo lo dicho hasta ahora ahonda ciertamente en la necesidad de “volver a los hechos”, a la investigación empírica, al trabajo de campo. Como veremos en seguida, autores como Sacks estuvieron muy comprometidos con la reflexión metodológica y la defensa del empirismo.

Estrategias metodológicas

La disquisición teórica en torno a lo urbano y el espacio público, aunque sofisticada quizá en su retórica, remite en realidad a un minimalismo primero: trasladar el énfasis de la investigación a las prácticas contextualizadas. Tras el reconocimiento de la naturaleza de nuestro objeto de estudio, líquida, consensuada, practicada, relacional, poco equipaje teórico nos llevaremos al campo. Salvo ese puñado de consideraciones, claro.

Una realidad magmática, en erupción, requiere un método igualmente dúctil. Si hablábamos de brotes de sociedad, de acuerdos momentáneos y efímeros y de permanente autogestión, el ethos del trabajo de campo será ante todo estar pendientes de ellos, con los sentidos bien despiertos y dejar, en la medida de lo posible, que los “hechos hablen por sí mismos” antes de imponerles nuestra rejilla de análisis. Coleccionar anécdotas y rutinas, acumular datos, huir descaradamente de la deducción y mantenernos en la inducción. Volver al planteamiento de Bronislaw Malinowski:



“Sin duda, en este método práctico de observación y recopilación de estos imponderables de la vida real y del comportamiento en el campo de trabajo, la ecuación personal del observador interviene con mucho más peso que en la recolección de datos etnográficos cristalizados. Pero, también en este caso, debemos poner el mayor empeño en que los hechos hablen por sí mismos. Durante el paseo diario a través del poblado, si encontramos que ciertos incidentes se repiten una y otra vez... debemos anotarlo cuanto antes. Es importante también que este trabajo de recogida y fijación de impresiones se comience lo antes posible... Pues ciertas peculiaridades sutiles sólo llaman la atención mientras son nuevas, dejando de percibirse tan pronto como se hacen familiares. Otras, por el contrario, sólo se perciben conociendo mejor las condiciones locales.” (2001: 70)

Si nuestro objeto de estudio son formas de construcción de la copresencia y la visibilidad mutua entre desconocidos, hay que hacer todo lo posible por mantenernos en esa profunda superficie, por pasar desapercibidos y de ese modo convertimos en nativos del orden urbano. La gran decisión metodológica ha sido, por tanto, la apuesta por la observación in situ de comportamientos y acciones sociales. Y dos han sido los ejes metodológicos que han guiado este trabajo de campo: la inducción y la observación no intrusiva.

Teníamos claro desde un comienzo que el esquema clásico de investigación secuencial y dividida en etapas discretas (en el que el trabajo de campo sigue a la definición del problema, de las variables y de las hipótesis y precede al análisis) era un protocolo que no se ajustaba a las características de nuestra investigación. Por esto, siguiendo a autores como Herbert Blumer (1981), John Lofland y Lyh H. Lofland (1995) o Delgado (2003) y su defensa de la investigación inductiva, el trabajo de campo no sólo se llevó a cabo desde el primer momento, sino que ha sido el eje de nuestra investigación, radicalmente etnográfica

en este sentido. En nuestro proceso las fases no han sido discretas ni secuenciales, sino más bien porosas y sobrepuestas. Al mismo tiempo que la prioridad estaba en el trabajo de campo, el trabajo teórico nos ayudaba a pensar críticamente nuestra propia práctica, ir articulando ejes de análisis que guiarían futuras observaciones o a avanzar en otros aspectos de la investigación. Esta permeabilidad ha sido de hecho identificada por Lofland y Lofland (1995) como intrínseca a toda investigación que no trate de imponer a los datos un marco de análisis elaborado a priori. En otras palabras, la investigación iba tomando forma a partir de nuestra experiencia en el campo y en constante diálogo con el trabajo teórico y entre nosotros mismos.

La lectura de Blumer (1981) fue reveladora en el desarrollo de nuestros principios metodológicos. De acuerdo con él, si bien la “realidad” sólo puede existir como nuestra experiencia de ella y sólo podemos pensarla a través de nuestras imágenes y conceptos, esto no justifica que traslademos el estudio de aquella a estos, porque el “carácter obstinado” del mundo empírico puede cuestionar nuestras categorías. Lo que él proponía, y aquí se recoge, es actuar precisamente a partir de la asunción de ese carácter obstinado. En sus propias palabras, “la realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos empleados para estudiarlo; hay que descubrirla examinando ese mundo, y no a través de los análisis o la elaboración de los métodos atizados para estudiarlo” (1981: 20). Este “examen directo del mundo social empírico” requiere un tipo de investigación que Blumer califica como naturalista. Es notable la cercanía de esta posición con aquella otra sostenida por Harvey Sacks desde las filas del Análisis de la Conversación y como consecuencia de sus proposiciones teóricas ya comentadas: un “naturalismo de base empírica... una “ciencia primitiva” basada en la observación, la descripción y la replicación” (Díaz, 2000: 23). Delgado (2003) menciona, de hecho, la medicina pre-discursiva de la que habla Foucault en *Las palabras*

y las cosas como referente de este “espíritu” de investigación: “abrir y mirar”. O como escribió Walter Benjamin, “herboristas sobre el asfalto”.

En cualquier caso, Blumer distinguía dos niveles y dos momentos en la investigación naturalista, exploración e inspección. La exploración se corresponde con una primera fase de investigación: es un procedimiento flexible, con cambios de puntos de vista, desplazamientos impensados. Busca desarrollar y confeccionar un cuadro del área en estudio tan completa y precisa como sea posible, un completo informe descriptivo. Trata de proporcionar un conocimiento extenso y profundo de una esfera social desconocida, de desarrollar y agudizar la investigación, de suerte que el problema, la dirección de las pesquisas, los datos, las relaciones analíticas y las interpretaciones emanen de y permanezcan arraigadas en el mundo empírico sometido a estudio. Es en esta fase cuando la “observación flotante” (Petonnet, 1982) resulta más útil. Esta técnica consiste precisamente en mantenerse “vacilante y disponible, sin fijar la atención en un objeto preciso sino dejándola “flotar” para que las informaciones penetren sin filtro, sin aprioris, hasta que hagan su aparición puntos de referencia...” (Delgado, 1999: 49-50).

La inspección, un segundo momento, trata de conferir al problema una forma teórica, descubrir relaciones genéricas, profundizar en la referencia connotativa de sus conceptos y formular hipótesis, testar los elementos analíticos con la base empírica disponible y en el contexto de estudio y aislar relaciones. En este segundo momento hay también que colocarse en el lugar de los sujetos estudiados (dado que sus acciones tienen sentido a partir de su interpretación del contexto) y enjuiciar la acción en función del agente. Es importante también conocer el contexto y su historia.

Llegado un punto, la inspección da paso a un tercer momento, el análisis y la escritura. Como Lofland y Lofland (1996) comentan, analizar es escribir y escribir es analizar, así que la separación es cierta-

mente artificial. En cualquier caso, sí parece evidente que hay dos procesos distintos a tener en cuenta en esta última fase, pensar sobre los datos y escribir sobre ellos.

La importancia radical de la mirada en este tipo de trabajos ha hecho a Delgado (1999) insistir en su paralelismo con el cine como modo de aproximación a la realidad. Una investigación hecha de planos y secuencias, la nuestra, y con un movimiento de zoom continuo, de la estructura a los microacontecimientos. En efecto, la observación es casi todo lo que tenemos para enfrentarnos al orden público. Dependemos de ella tanto para orientarnos en él como para estudiarlo, será nuestra principal herramienta de investigación en el espacio público. Una investigación secreta, hasta cierto punto, ya que no tiene interlocutores fijos a los que avisar. De hecho, mucho se ha discutido sobre los problemas éticos de la observación no intrusiva. Pero en nuestra opinión gran parte de la polémica proviene de la confusión de esta postura con la observación encubierta. En esta última el investigador se hace pasar por otra cosa con el fin de llevar a cabo su trabajo, frecuentemente en comunidades cerradas cuyo acceso como investigador sería difícil. El investigador deviene agente secreto, o espía (Lofland y Lofland: 1995). Nuestro caso es completamente distinto. Somos investigadores no declarados, ciertamente, desconocidos, desde luego, pero en un entorno en el que todos lo somos y en el que, al menos en principio, todo el mundo tiene derecho a serlo. Nuestra posición como observadores disimulados, “de reojo”, no es en absoluto distinta a la del resto de la gente, que también tiene la obligación de estudiar el entorno para asegurar que su comportamiento será apropiado. Es más, el etnógrafo que practica una observación no intrusiva es en realidad una de las formas más extremas de observador participante. Manuel Delgado es el que mejor ha tratado esta aparente paradoja:

“...el etnógrafo de espacios públicos participa de



las dos formas más radicales de observación participante. Es “totalmente participante” y, al tiempo, “totalmente observador”. En el primero de los casos, el etnógrafo de la calle permanece oculto, se mezcla con sus objetos de conocimiento –los seres de la multitud–, los observa sin explicitarles su misión y sin pedirles permiso. Se hace pasar por “uno de ellos”. Es un viandante, un curioso más, un manifestante que nadie distinguiría de los demás. Se beneficia de la protección del anonimato y juega su papel de observador de manera totalmente clandestina. Es uno más. Pero, a la vez que está del todo involucrado en el ambiente humano que estudia, se distancia absolutamente de él. El etnógrafo urbano adquiere... la cualidad de observador invisible, lo que le permite mirar e incluso anotar lo que sucede a su alrededor sin ser percibido, aproximarse a las conversaciones privadas que tienen lugar cerca de él, experimentar personalmente los avatares de la interacción, seguir los hechos sociales muchas veces “de reojo”. Puede realizar literalmente el principio que debería regir toda atención antropológica, y que, titulado sendos libros suyos, Lévi-Strauss enunció como “de cerca y de lejos” y “mirada distante”. Porque, al participar de un medio todo él compuesto de extraños, ser un extraño es precisamente la máxima garantía de su discreción y de su éxito.” (1999: 48-49)

No consideramos pues que hayamos incurrido en ninguna violación del código ético de la investigación antropológica, al limitarnos básicamente a convertir en informe lo que todo el mundo hace cotidianamente, y a haberlo hecho con ellos durante un largo periodo de tiempo.

Volviendo a las cualidades de nuestro escenario de investigación, y recuperando el énfasis que el Análisis de la Conversación ponía en el estudio de situaciones concretas de interacción, hemos de tratar la relevancia del estudio de situaciones y acontecimientos. En primer y fundamental lugar, porque no existe el orden ni organización más allá de las prácticas, y

es a través de situaciones como podemos aprehender éste, hacerle un corte, una sección, al interminable fluir y discurrir social. Es precisamente a través del estudio de microacontecimientos como mejor se puede apreciar cómo funciona un orden social y cómo sus componentes se esfuerzan por mantenerlo, algo a lo que sin ir más lejos Goffman dedica la mayor parte de su obra (1963, 1967, 1979, 1991, 1997).

Delgado (2003) ha insistido en el hecho de que esta antropología de lo situacional, lo concreto y lo efímero mantiene el esquema básico de la investigación antropológica “clásica”. Siguiendo a Radcliffe-Brown, por ejemplo, nuestro objeto de estudio es, en efecto, la vida social, “entendida no como una entidad sino como un proceso... una inmensa multitud de acciones e interacciones de seres humanos”. Hay en lo urbano una estructura social, “una disposición ordenada de partes o componentes” (aunque no finalizada sino permanentemente estructurándose) con sus instituciones, “normas de conductas establecidas de una forma particular de vida social” (si bien su carácter es más bien tácito) (1996: 9-23, cursivas mías; citado en Delgado, 2003). Nuestro objeto de estudio: la sociedad haciéndose a sí misma, sobre la marcha. En definitiva, lo que propugnamos no es otra cosa que un retorno al estudio de lo que Malinowski llamaba los imponderables de la vida real, esos pequeños acontecimientos rutinarios, ese flujo de vida, esos detalles. Elogio a lo trivial, si se quiere, la postura naturalista no pretendería mucho más que dar cuenta de estos imponderables con la mayor riqueza posible y con el menor número de interferencias.

Es curioso que el modelo de investigación lo sinteticé perfectamente una periodista, Jane Jacobs. Su libro *Muerte y vida de las grandes ciudades* (1973 [1961]), quizá la crítica más importante al urbanismo americano de posguerra, es precisamente una defensa de la absoluta necesidad de la observación y la inducción para entender la ciudad y poder planear en consecuencia:

“Así pues, nosotros comenzaremos este libro aventurándonos en el mundo real... A mi modo de ver, el camino que conduce al centro del aparentemente misterioso y perverso comportamiento de las ciudades es sólo uno: observar atentamente, con las menos pre-expectativas posibles, la escenas más ordinarias, los acontecimientos más corrientes, e intentar averiguar después lo que significan y si entre ellos discurre algún vínculo que los relacione.” (1973: 17)

“Cuando se trata de comprender a las ciudades, creo que los hábitos de pensamiento más importantes son los siguientes: 1) Pensar siempre en estructuras en movimiento, en procesos en curso; 2) Trabajar inductivamente, razonando de lo particular a lo general, y no al revés; y 3) Buscar indicaciones o señales singulares, distintas a la generalidad...” (1973: 460)

COMENTARIOS FINALES

El espacio público como objeto de estudio presenta una serie de desafíos para la investigación empírica. Se trata de un escenario especialmente inestable, sostenido a base de acuerdos espontáneos, fruto en definitiva de una labor de producción colectiva y permanente. Como tal, requiere una forma de atención capaz de lidiar con formas de ordenación dinámicas y procesos de organización infinitesimales. El orden público es un logro incierto, dependiente del conjunto de pequeñas acciones que lo sostienen. Es, ciertamente, reversible. Por su propia naturaleza, no puede ser entendido a priori, interpretado según un marco previamente preparado. Su funcionamiento y propiedades sólo pueden ser aprehensibles mediante la observación detenida. Las operaciones que le dan forma y la operatividad de las mismas han de ser constatada empíricamente.

La aproximación metodológica que he presentado no es otra cosa que una llamada a poner al

mundo empírico en primer plano, a hacer que la investigación dependa de él y no viceversa. Nuestro objetivo fue ensayar un método de acercamiento a la realidad basado en la prevalencia de esta última, una forma de investigación en la que la imaginación prima sobre el imaginario. Aceptamos la provisionalidad de nuestras conclusiones como ética fundamental, ya que este orden fluctuante podría cambiar en cualquier momento. Se trata, en todo caso, de calmar, no de domesticar una realidad probablemente inclasificable, demasiado magmática, demasiado escurridiza para ser encerrada en las categorías de la ciencia social.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGOYARD, J. F. (1979) *Pas à pas. Essai sur le cheminement quotidien en milieu urbain*. París: Éditions du Seuil.
- AUGOYARD, J. F. (1997) “La sonorización antropológica del lugar”. En AMERLINCK, M. J. (ed.) *Hacia una antropología arquitectónica*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- AUGOYARD, J. F. (2001) “La conduite de récit”. En GROSJEAN, M.; THIBAUD, J. P. (eds.) *L'espace urbain en méthodes*. Marsella: Parenthèses, págs. 173-196.
- BATESON, G.; BIRDWHISTELL, R.; GOFFMAN, E.; HALL, E. T.; JACKSON, D. D.; SCHEFLEN, A. E.; WATZLAWICK, P. (1990) [1981] *La nueva comunicación*. Barcelona: Kairós.
- BIRDWHISTELL, R. (1990) “Un ejercicio de kinésica y de lingüística: la escena del cigarrillo”. En BATESON, G. et. al. *La nueva comunicación*. Barcelona: Kairós.
- BLUMER, H. (1981) [1969] *El Interaccionismo Simbólico*. Barcelona: Hora.
- CHELKOFF, G. (2001) “Formes, formants et formalités: catégories d'analyse de l'environnement



- urbain". En GROSJEAN, M.; THIBAUD, J. P. (eds.) *L'espace urbain en méthodes*. Marsella: Parenthèses, págs. 101-124.
- CHELKOFF, G. y THIBAUD, J. P. (1992) "L'espace public, modes sensibles. Le regard sur la ville". *Les Annales de la Recherche Urbaine*, nº 57-58:7-16.
- CONEIN, B. (1992) "Éthologie et sociologie. Contribution de l'éthologie à la théorie de l'interaction sociale". *Revue française de sociologie*, XXXIII:87-104.
- COSNIER, J. (2001) "L'éthologie des espaces publics". En GROSJEAN, M.; THIBAUD, J. P. (eds.) *L'espace urbain en méthodes*. Marsella: Parenthèses, págs. 13-28.
- DELGADO, M. (1999) *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- DELGADO, M. (2002) "Los efectos sociales y culturales del turismo en las ciudades históricas". *Congreso Internacional sobre el desarrollo turístico integral de las ciudades monumentales*, Granada, 19-22 febrero.
- DELGADO, M. (2003) "Naturalismo y Realismo en Antropología Urbana: problemas metodológicos para una etnografía de espacios públicos". *Revista Colombiana de Antropología*, XXXIX.
- DEL VALLE, T. (1997) *Andamios para una nueva ciudad*. Madrid: Cátedra
- DÍAZ, F. (2000) "Introducción: la ubicua relevancia de los contextos presenciales". En GOFFMAN E. et. al. *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta.
- GARFINKEL, H. (1974) *Studies in Ethnomethodology*. Nueva York: Prentice Hall.
- GOFFMAN, E. (1963) *Behavior in Public Places*. Nueva York: Free Press of Glencoe.
- GOFFMAN, E. (1967) *Interaction Ritual*. Nueva York: Doubleday.
- GOFFMAN, E. (1974) *Frame Analysis. An essay on the organization of experience*. Cambridge: Harvard University Press.
- GOFFMAN, E. (1979 [1971]) *Relaciones en Público. Microestudios de Orden Público*. Madrid: Alianza.
- GOFFMAN, E. (1991) *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.
- GOFFMAN, E. (1997) [1959] *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GOFFMAN, E., SACKS, H., CICOUREL, A. y POLLNER, M. (2000) *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta.
- GROSJEAN, M. y THIBAUD, J. P. (eds.) (2001) *L'espace urbain en méthodes*. Marseille: Éditions Parenthesis.
- HANNERZ, U. (1993) [1980] *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México/ Madrid: Fondo de Cultura Económica
- HYMES, D. (1974) *Foundations in sociolinguistics. An ethnographic approach*. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.
- JACOBS, J. (1973) [1961] *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Ediciones Península.
- JOSEPH, I. (1989) "La construction sociale de l'urbanité et la gestion des espaces publics". En *Appel d'offices du Plan Urbain*. (Manuscrito cedido por el autor).
- JOSEPH, I. (1999a) [1998] *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- JOSEPH, I. (1999b) *Retomar la ciudad. El espacio público como lugar de la acción*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- JOSEPH, I. (2002) [1988] *El transeúnte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio urbano*. Barcelona: Gedisa.
- LATOURET, B. (1994) "Une sociologie sans objet? Remarques sur l'interobjectivité". *Sociologie du Travail*, 4.
- LEFEBVRE, H. (1969) [1968] *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- LEFEBVRE, H. (1976) [1972] *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*. Barcelona: Península.

- LEFEBVRE, H. (1981) [1974] *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- LEFEBVRE, H. (1985) "Le project rythmanalytique". *Communications*, 41.
- LEWIS, O. (1965) "Further observations on the folk-urban continuum and urbanization with special reference to Mexico City". En HAUSER, P. M.; SCHNORE, L. F. (comps.) *The Study of Urbanization*. Nueva York: Wiley.
- LOFLAND, L. H. (1985) [1973] *A world of strangers. Order and action in urban public space*. 2ª Edició. Prospect Heights, IL.: Waveland Press.
- LOFLAND, L. H. (1998) *The Public Realm. Exploring the City's Quintessential Social Territory*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- LOFLAND, J. y LOFLAND, L. H. (1995) *Analysing Social Settings. A guide to qualitative observation and analysis*. 3ª Edició. Belmont, CA.: Wadsworth.
- MALINOWKI, B. (1977) [1935] *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las Islas Trobriand*. Barcelona: Labor.
- MALINOWSKI, B. (2001) [1922] *Los argonautas del Pacífico occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Península.
- MUMFORD, L. (1996) [1937] "What is a city?", originalmente publicado en *Architectural Record*, reimpresso en LEGATES, R. T.; STOUT, F. (eds.) *The City Reader*. Nueva York: Routledge, págs. 183-188.
- PARK, R. E. (1950) *Race and Culture*. Glencoe, Ill: The Free Press.
- PARK, R. E. (1984) [1925] "The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment". En PARK, R. E.; BURGESS, E. W. *The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- PÉTONNET, C. (1982) "L'observation flottante: l'exemple d'un cimetière parisien". *L'Homme*, XXII/4:37-47.
- QUERE, L. y BREZGER, D. (1992) "L'étrangeté mutuelle des passants. Le mode de coexistence du public urbain". *Les Annales de la Recherche Urbaine*, 57-58:88-100.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1996) [1952] *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Barcelona: Península.
- RITZER, G. (1993) *Teoría Sociológica Contemporánea*. 3ª Edició. Madrid: McGraw Hill.
- RYAVE, A. L. y SCHENKEIN, J. N. (1974) "Notes on the art of walking". En TURNER, R. (ed.) *Ethnomethodology*. Middlesex: Penguin.
- SACKS, H. (2000) "Sobre muestreo y subjetividad". En GOFFMAN, E. et. al. *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta.
- SIMMEL, G. (1981) "Essai sur la sociologie des sens". En *Sociologie et épistémologie*. París: PUF, págs. 223-238.
- SIMMEL, G. (2001) [1896-1922] *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.
- WEBB, E. J., CAMPBELL, D. T., SCHWARTZ, R. D. & SECHREST, L. (2000) [1966]. *Unobstrusive measures*. Revised edition. Thousand Oaks/London/New Delhi: Sage Publications.
- WHYTE, W. (1988) *City: Rediscovering the center*. Nueva York: Doubleday.
- WIRTH, L. (1938) "Urbanism as a Way of Life". *American Journal of Sociology*, XLIV(1).
- WOLF, M. (2000) [1979] *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

RESUM

La recerca de les formes d'ordre (o millor encara, d'ordenació) social en l'espai públic urbà implica una doble tasca: definir aquests conceptes d'una manera operativa i consolidar un compromís amb la investigació empírica. La distinció entre la ciutat, l'urbà i l'espai públic, d'una banda, i les discussions metodològiques relacionades amb la inves-



tigació de situacions d'interacció social, per un altre, són els dos debats fonamentals que s'aborden en aquest article.

[ORDRE PÚBLIC, METODOLOGIA, INTERACCIÓ, COPRODUCCIÓ]

ABSTRACT

The research of forms of social order (or better, ordering) located in urban public space requires a double task: to define these concepts in a useful fashion and to engage with empirical research. These are the two main debates tackled in this article: firstly, the distinction between the city, the urban and public space, and secondly, the methodological considerations in the study of situations of social interaction.

[PUBLIC ORDER, METHODOLOGY, INTERACTION, COPRODUCTION]